

LAS DOS ESPADAS EN GUERRA: GILLETTE CONTRA WILKINSON

Mi padre tenía solo cinco años.

La familia vivía en un pueblo de montaña que dominaba la llanura. Desde las casas de piedra, el mundo parecía lejano, pero todo lo que ocurría acababa subiendo a la montaña.

Le habían comprado una cabra a un hombre del sindicato. El animal había dado dinero en otro tiempo, pero el dueño había decidido venderlo.

Cada mañana mi abuela intentaba ordeñarla.

Nunca había bastante.

Mi padre quería desayunar, como todos los niños. Así que en la mesa aparecía una taza: pan duro, un poco de leche de cabra y agua de la montaña, añadida para que durase un día más.

Aquello era la guerra antes de que nadie la llamara guerra.

Al amanecer caminaba un trecho desde la casa hasta una placita y miraba al cielo.

Desde allí observaba el conflicto como si fuera un juego.

Los aviones cruzaban el horizonte. Las sirenas resonaban desde la llanura. Las bombas caían sobre aeródromos e instalaciones militares. Los adultos hablaban en susurros, pero los niños miraban hacia arriba.

La Segunda Guerra Mundial había empezado.

Afectaba a todos.

Sin embargo, dos hechos, separados por miles de kilómetros, acabarían encontrándose en una hoja de afeitar.

Los alemanes respondieron a los ataques británicos bombardeando Londres y otras grandes ciudades. Las fábricas redujeron la producción. Los suministros escasearon. Hasta las famosas hojas Wilkinson Sword empezaron a desaparecer de los estantes.

Al mismo tiempo, las fuerzas británicas combatían en África.

Allí hicieron miles de prisioneros.

Un ejército puede soportar el hambre.

Un ejército puede soportar el calor.

Lo que no puede soportar es la enfermedad.

El primer ritual que se imponía a muchos prisioneros no era un discurso, ni un desfile, ni siquiera una vacuna.

Era un afeitado.

Una cara limpia significaba menos parásitos, menos infecciones y más control.

En los primeros meses todos buscaban las Espadas.

Las Espadas no estaban.

Londres no podía suministrar suficientes.

Entonces intervino América.

Los barcos cruzaron los océanos cargados de comida, combustible, material y, entre otras innumerables cosas, hojas de afeitar.

Dentro de los campos de prisioneros se produjo una transformación sutil.

Los hombres dejaron de pedir las Espadas.

Empezaron a pedir una Gillette.

Igual que la Primera Guerra Mundial había contribuido a hacer famosa a Wilkinson Sword, la Segunda contribuyó a convertir Gillette en una palabra común.

Una marca se había convertido en un idioma.

Años después, cuando prisioneros, soldados y obreros volvieron a casa, a Italia, a Francia, a Egipto, a Grecia o adondequiera que el destino los hubiera llevado, entraron en la tienda más cercana y no pidieron una hoja de afeitar.

Dijeron:

“Deme una Gillette”.

Esa era la batalla que importaba.

Y las Dos Espadas la perdieron.

Ferdinando